



CAPITULO II

Almanaque republicano.—Nuevo culto (Noviembre 93)

Por primera vez tuvo el hombre la medida del tiempo, del espacio, del peso.—Austeridad del almanaque romano.—Fiesta astronómica en Arras (10 Octubre del 93).—Fabre de Eglantine crea los nombres de los meses y de los días.—Chaumette pide la creación de un Conservatorio de Música.—Chaumette combate el federalismo tiránico de los comités de sección.—Quiere suprimir el salario al clero.

El 20 de Septiembre, antevíspera del aniversario de la República, Romme leyó en la Convención el proyecto de almanaque republicano, adoptado el 5 de Octubre. Por primera vez en el mundo el hombre tuvo exacta idea del tiempo, del espacio y del peso.

La uniformidad en las pesas y medidas hizo desaparecer el caos bárbaro é inexplicable que tenía en continuo azar las transacciones.

Romme pudo decir: «El tiempo abre por fin un libro á la historia...» Hasta entonces era difícil poner fechas que resultaran válidas, juiciosas.

Quizás examinándolo detenidamente nada haya tan absurdo como nuestro almanaque. Los antiguos comenzaban el año en una época astronómica ó histórica, con motivo de tal acontecimiento nacional. Nuestro primero de Enero no tiene ni uno ni otro carácter. Los nombres de los meses no tienen ningún sentido, ó un sentido falso, como Octubre, por ejemplo, para significar el nombre del décimo mes.

Los nombres de los días de la semana no recuerdan mas que las falsedades de la astrología. En la longitud del año subsiste el error juliano, aumentado y corregido por el error gregoriano. Por primera vez entonces fué interrogado el cielo seriamente. La era fué histórica y astronómica á la par.

Histórica. No más era cristiana, recordada por la variable fiesta de las Pascuas, si no la era francesa, fijada en día preciso de un acontecimiento cierto: *la fundación de la República francesa.*

Los sucesores de Alejandro, siguiendo la tradición de Egipto y seguidos ellos mismos en todo el Oriente, comenzaron el año en el equinoccio de Otoño. Fundándolo sobre esta era la República abrió el año como debe hacerlo un pueblo agrícola en el momento en que la vendimia cierra el círculo de los trabajos, en que las siembras de Octubre, que confían el trigo á la tierra, comienzan una carrera nueva. Momento lleno de gravedad en que el hombre cruza un instante sus brazos para contemplar á la tierra que se despoja de sus anuales vestiduras.

La tierra por primera vez respondió al cielo en las revoluciones del tiempo.

Aquel embrollo del tiempo existente hasta entonces era como constante objeción á todas las religiones. La ciencia finalmente se encarga de responder restableciendo la armonía, destronando el caos y entronizando la sabiduría y la prudencia.

Era muy fácil decir con Platon: «*La sabiduría, la prudencia son los dioses del mundo.*» Pero ¿cómo fundar su altar cuando la aparente discordancia de su obra no nos mostraba nada de prudente?

El genio estoico de Romme, su fe austera en la Razón pura aparece en su almanaque. Para nombrar los meses emplea palabras que encierran ideas de eterno valor: *Justicia, Igualdad*, ect. Dos meses se designaban por sus fechas sublimes: Junio se llamaba *Juramento del Juego de Pelota* y Julio la *Bastilla*. Después no hay más que números. Los días no se designan más que por su número. Los días siguen á los días sin preferencias, iguales en su deber ante el trabajo. El tiempo ha adoptado el invariable rostro de la Eternidad.

Esta austeridad no implica que el almanaque se adopte inmediatamente. Se sentía sed de lo bueno y de lo verdadero. Con este motivo se efectuó el 10 de Octubre en Arras una fiesta astronómica y matemática, y en la que en la tierra se imitaron los movimientos del cielo. Aquella fiesta tuvo más de veinte mil espectadores. ¡Esta fiesta seis días antes de la batalla que libertó á la Francia tan cerca del enemigo en esta ocasión solemne! Ante la idolátrica Bélgica, ante el ejército bárbaro que venía á importarnos los falsos dioses, la Francia republicana se mostró fuerte, pura, celebrando la nueva era, la más grande que ha visto nuestro planeta desde su primer día.

Los veinte mil hombres se dividieron en doce grupos, según la edad, representando los meses. El año desfiló en variaciones humanas, joven y riante unas veces, después mudo y grave, buscando el reposo por fin. Los vencedores de la vida, quienes habían llegado á los veinticuatro años en un pequeño grupo sagrado, eran los días complementarios que cierran el año republicano.

Detrás de un grupo de ancianos encorvados y apoyados sobre sus bastones figuraba otro de niños, como las generaciones nuevas reemplazando á las viejas, que por ley natural buscan el reposo de la muerte. La gracia encantadora de la fiesta fué el batallón de vírgenes con la si-

guiente divisa interesante ante los graves peligros de la situación: «Ellos vencerán: nosotras los esperaremos.» ¿Se referían á sus amantes ó á sus hermanos? La virginal bandera no lo decía.

Todos los oficios que figuran en el sostén de la vida humana consagraron sus útiles tocando el árbol de la Libertad. El centenario elevó al cielo la Constitución. En torno del árbol tomaron asiento los viejos y merendaron. Servíanlos las vírgenes, los jóvenes. El pueblo los rodeaba como corona viviente.

Así se consagró el almanaque. La Convención estimó que al alma popular había que darle algo que la satisficiera más que el calendario cristiano, abstracto, cargado de fiestas incomprensibles, y adoptó la base científica del de Romme. Fabre de Eglantine en un agradable escrito de 1793 daba la idea del calendario verdadero, en el que servía de base la misma naturaleza con el encantador idioma de sus frutos, de sus flores y las revelaciones de sus dones maternales, nombrando las fases del año. La vida del hombre se asocia día por día á la de la naturaleza. ¿Qué podía haber más apropiado á un pueblo en absoluto agrícola como el francés? Los nombres de los meses creados en el clima ó en la cosecha de los meses, son tan expresivos y melódicos que al instante entraron en el corazón de todos y sin haberse olvidado jamás, forman una parte de nuestra herencia de la Revolución. Si el infortunado Fabre no vivió más que tres meses en su almanaque; si arrestado en Pluvioso murió con Danton en Germinal, su muerte, exageradamente vengada en Thermidor, no impide que su nombre viva siempre por el hecho de haber entendido la naturaleza, creando el canto del año.

El almanaque es una cosa más grave de lo que opinan los espíritus fútiles. No hay lucha tan grande como la de los almanaques católico y republicano. Es la batalla del pasado con el presente.

Nada irrita tanto á los tradicionales. Un día el obispo Gregoire dijo indignado á Romme: «¿A qué tiende nuestro almanaque?»—«A suprimir el domingo»—contestó Romme fríamente. Gregoire afirma que todos los galicanos hubieran sufrido el martirio antes que transportar los domingos.

Mirabeau que gustaba en ser profeta decía: «Nada alcanzaréis no descristianizando la Revolución.»

El siglo XVIII gravitaba indudablemente en el culto á la razón pura.

Descartes, Rousseau y Voltaire descansan juntos en el Panteón. Se unen los siglos y los dogmas en la tumba.

Esta revolución necesaria del siglo XVIII produce en metafísica un Kant y la Razón pura; en práctica la tentativa de revolución religiosa de Romme y Anacarsis Clootz, el culto á la Razón.

Culto matemático, cuyos dioses serían los Newton, los Galileo. Culto humanitario, cuyos padres serían los Descartes, los Voltaire.

¿En qué sentido se entendía la palabra Razón?

Aquellos no veían más que la razón humana. Poseídos de la necesidad crítica de una época de lucha, no buscaban en la verdad más que la negación del error, un arma para destruir el viejo mundo.

Otras sociedades populares declararon que entendían por diosa Razón la razón divina y creadora, ó mejor dicho, el Ser Supremo.

¿Existe un límite entre la razón divina y la razón humana? Las ideas necesarias (origen, substancia, tiempo, espacio, deber) que existen en nosotros ¿constituyen nuestra propia razón, son nuestras ó son de Dios?

Nadie duda de que la Razón es el punto más elevado de Dios. En ninguna parte se ha revelado tan elocuentemente como en la Humanidad. Cuando Anacarsis decía: «Nuestro Señor el Género Humano,» lo hacía enterneciéndose, reconociéndolo como único Dios, como el Ser Supremo.

El filósofo Clootz y el matemático Romme nada hubieran conseguido si no hubieran ganado á un hombre de positiva actividad, ingenioso, infatigable, el tribuno de la Comuna, Anaxágoras Chaumette.

El 26 de Septiembre, Chaumette pide á la Comuna que se bautice un hospital con el nombre de Templo de la Humanidad. Volvía entonces de Nievre, donde había conducido á su madre enferma. Testigo en Nantes de las matanzas realizadas por la Vendée, las vengaba secundando violentamente el movimiento popular de Nievre contra el clero. Chaumette habla en la siguiente forma ante la Comuna: «El pueblo ha dicho á los curas: Vosotros nos prometéis milagros y no podéis hacerlos. Nosotros hemos instituído grandes establecimientos para los desgraciados. Esos son milagros. Vosotros veis á los ciegos, á los paralíticos, morir en medio de las calles. ¡Nuestras fiestas son las fiestas de la Humanidad!»

Chaumette para estas fiestas necesitaba cantos, himnos y pidió la creación de un Conservatorio de Música.

El venerable Gossec, rejuvenecido por el entusiasmo, dirigió esta escuela, en la que encontró los himnos del nuevo culto.

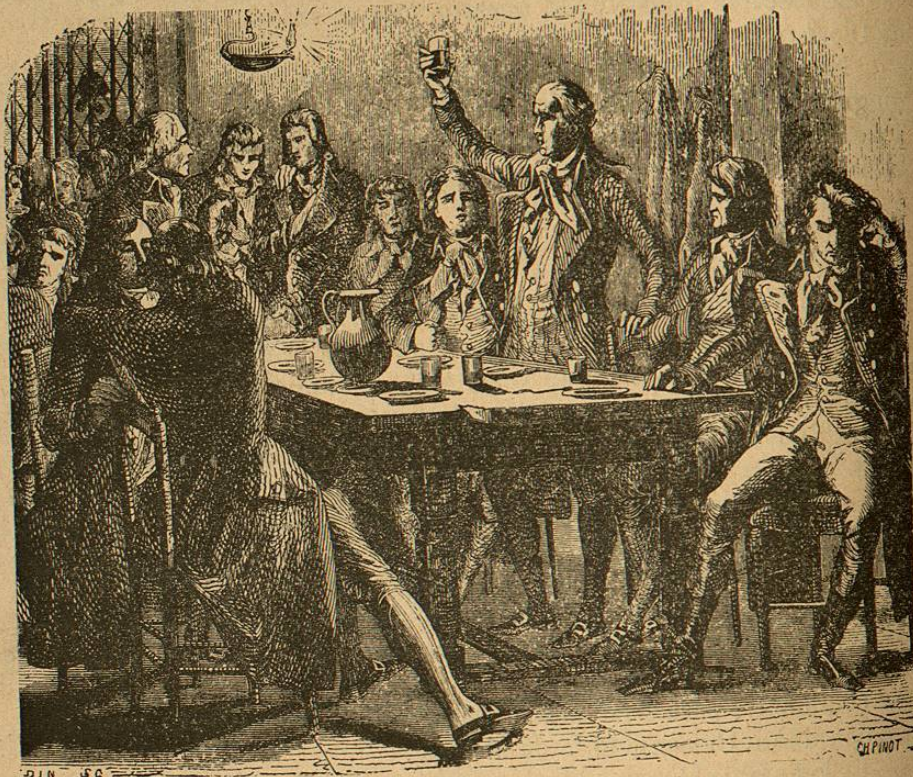
Chaumette para los versos se dirigió al fácil poeta Delille. El abate Delille, furibundo realista, niño encolerizado, encontró fuerzas en su dolor por la muerte de la reina, de la que había sido maestro. Taimadamente leyó á Chaumette los primeros versos de su ditirambo contra la *Inmortalidad*:

Lâche soppresseurs de la terre
Tremblez, vous êtes immortels.

Este era el camino recto de la guillotina. «Esto es bueno—dijo Chaumette al abate—pero servirá para otra vez.» Guardó los versos en secreto y esto salvó la vida al abate. Lo mismo salvó al impresor que lo cogió del cuello cuando marchaba de la Comuna á la Asamblea.

Se ha visto la emoción de Chaumette durante el proceso del rey y el interés que demostró á Mr. Hue, ante el que llegó á llorar.

La fatalidad le había colocado junto á Hebert en la terrible dirección de la Comuna. En distintas ocasiones pudo hablar bastante vivamente contra Hebert, como lo hizo el 31 de Mayo y el 14 de Agosto. Hacia fines de este mes en los Jacobinos se suscitó una polémica acerca



Un amigo les envió licores para su último banquete. (Pág. 278)

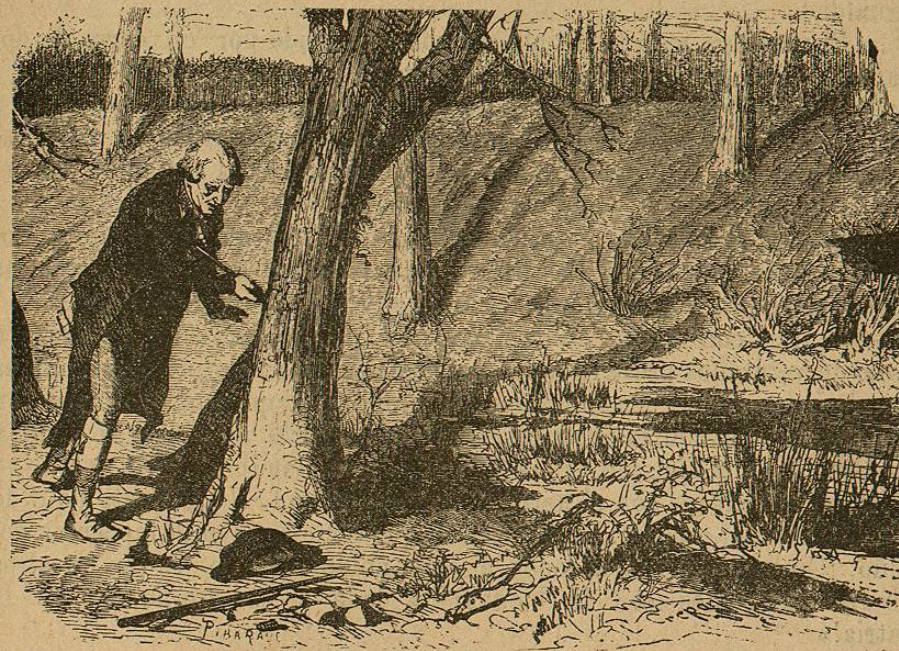
de si los sospechosos debían de ser deportados ó encarcelados. Hebert y Robespierre opinaban esto último. Chaumette, lo contrario, inclinábase hacia lo primero porque entonces la cárcel estaba muy cerca del patíbulo.

Chaumette era muy débil de carácter. Desde cuando teme ser cogido en delito de moderación se le ve retroceder á la más fiera crueldad. El día 10, día en que Saint-Just pronunció su espantable informe, Chaumette dió una lista de sospechosos, por la cual se hacía necesario el encarcelamiento de media Francia.

A todo esto Chaumette y el consejo general dirigido por él eran las mejores garantías contra la tiranía local de los comités de sección.

Al menos contaba con una publicidad ante la cual retrocedían los comités. Denunciados frecuentemente ante la Comuna, lo fueron después ante la Convención, el 9 de Octubre por Leonardo Bourdon y el 18 por Lecointre. El mismo Collot-d'Herbois que no podía ser sospechoso de moderantismo denunció los abusos que se cometieron.

El comité de seguridad general se contentaba con dirigir después algunas amenazas.



Roland sacó un dardo, y apoyándolo sobre un roble se atravesó. (Pág. 280)

En la Comuna los días 3 y 26 de Octubre se escuchó con atención las quejas que se formularon contra estos comités.

Estas represiones eran peligrosas si no se abrían nuevos rumbos á la Revolución, compensando la moderación política con la audacia religiosa; así lo sintieron muchos representantes.

Levantaron el terror sobre las cosas y no sobre las personas; decapitaban imágenes y enviaban á la Comuna carretadas de santos guillotinos.

Para centro de su propaganda Chaumette eligió los Gravilliers, paisaje del Cairo. Era este como el foco principal de la pequeña industria, la industria verdaderamente parisién, que es poderosamente activa y comprende miles de oficios. Hay allí un espíritu más variado que en el arrabal de San Antonio. Leonardo Bourdon estableció su escuela para

los hijos de la patria en el priorato de Saint-Martin, y desde allí secundaba á Chaumette. El primer punto de su predicación era *que el clero no debía de ser retribuido*, principio adoptado por todas las secciones y aportado á la Convención.

El segundo punto, muy popular, fué la *igualdad de las sepulturas*.

El pobre como el rico debe ser enterrado decentemente, no entre dolorosos trapos negros, si no envuelto el ataúd en la bandera tricolor de la sección. La villa de París ha conservado aun algo de esta igualdad.

El mendigo va á la última morada conducido por un carro de dos caballos precedido del comisario de pompas fúnebres.

Era así, bajo la bandera de la sección, como se debía de recibir á los hijos de la patria que se le llevaban para rebautizarlos con nombres revolucionarios. Nuestra gloriosa bandera republicana recibía á los seres así cuando nacían como iban á la tumba.

El pueblo sentía la necesidad de ser bendecido por la Comuna. Los obreros vencedores de la Bastilla querían ser casados por la Comuna, no reconociendo otro matrimonio legítimo sin la mano de Chaumette.

Ocurrió con motivo de una adopción, una escena encantadora. Un cabo de veteranos presentó un niño, hijo de un guillotinado, que había dejado ocho. Este buen hombre preguntó si adoptando al hijo de un culpable no iba contra Francia. Chaumette cogió al niño y lo sentó á su lado: «¡Feliz ejemplo de las virtudes de la República! Las vemos ya aparecer mezcladas con el heroísmo de la libertad. No se trata aquí de la adopción del orgullo; es la razón la que pone á salvo la inocencia del niño. ¡Ciudadanos! Uníos todos á este noble soldado y que nuestros abrazos paternales sean la bienvenida dada á ese tierno hijo de la patria!»

Esta sesión dió frutos admirables. La Convención creó un hospicio de los Hijos de la Patria. Así se designa á los hijos de los condenados.

Esta aurora de moderación y de humanidad ilumina el disentiimiento secreto entre Chaumette y Hebert. Este quería tender el arco y aquel detenerlo.

El 4 de Noviembre la sección del Luxemburgo, dirigida especialmente por Hebert y Vincent, quiere que se publiquen los nombres de cuantos gimen en las cárceles para proscribirlos, incapacitándolos para ejercer cargos públicos.

Este movimiento de terror era contrario al sentimiento religioso por el que trabajaba Chaumette.

La Convención votó la destrucción de las tumbas de Saint-Denis. La ceniza de los reyes se unió á la de los muertos oscuros.

Sobrevino entonces una verdadera destrucción de santos conducidos á la Convención.

Se podía creer en la destrucción del viejo culto. El obstáculo era puramente personal. ¿Qué hacer de la iglesia constitucional? Aun ha-

biendo los sacerdotes jurado fidelidad á la República no guardaban menos sus dogmas antirepublicanos. Eran intolerantes, perseguidores, siempre curas.

La iglesia aristocrática persigue al bajo clero, á los curas casados en el 95 y 96, matándolos de hambre, asediándolos. Del 15 de Julio al 17 de Septiembre aun se reciben en la Convención quejas dolorosas de curas casados, á quienes sus amos los obispos republicanos quieren impedir que sean hombres. La Asamblea, de mal humor, reduce á 6.000 francos el sueldo del obispo y los amenaza con la depertación.

Una parte más tolerante de la Iglesia constitucional la formaban los curas filósofos, tales como Gobel, obispo de París, Tomás Lindet, Daunou. Moralistas ante todo aceptaron el cristianismo como vehículo de la moral. A pesar de su lealtad sufrieron, porque su situación era falsa. Daunou abandonó á tiempo su puesto y los otros dos cometieron el error de esperar la presión de los acontecimientos.

Gobel reunía todas las noches con él á Chaumette y á Anacarsis Clootz.

Los dos demostraban que su cristianismo filosófico, sospechoso para los pueblos, era ineficaz, impotente. Excitáronle para que abandonase el desierto altar y depusiera sus funciones de ministro católico.

Cedió el día siguiente y su clero le imitó. Convinieron en que al día siguiente todos reunidos entregarían su dimisión á la Asamblea.

